

## Lo que el tratamiento del autismo enseña sobre el amor

**Dupla:** C. Castillo – P. Álvarez Bayón

**Integrantes:** G.Tanevitch; M. Piaggi; G. Slatopolsky; D. Teggi; G.Ringuelet; V. Minieri; A.Alonso; P. di Felice; G. García; J. Bojarsky; M. Surraco; M. Robledo; N. Menichelli; M. Meichtri; S. Jacobo

### Introducción:

La pregunta sobre el amor en el autismo hasta ahora había sido poco planteada, porque tanto las características del autismo, definidas por Kanner como *sameness* y *aloneness*, como su etimología griega, *Autós*, indican que el autismo poco tiene que ver con el amor, ya que lo que lo caracteriza es el rechazo al lazo con el Otro. Incluso, Miller comentando el libro *El nacimiento del Otro* sitúa que el Otro simbólico no se constituye en el autismo.

Así se plantea una paradoja inicial: ¿cómo hablar de amor en el autismo si ni siquiera hay Otro?

Por ello, la pregunta formulada por ENAPOL nos resulta fundamental: pese a que parece imposible, constatamos la presencia del amor, la transferencia y el lazo en el autismo. ¿Pero qué tipo de amor, de transferencia, qué tipo de lazo?

De la pregunta hemos desprendido tres ámbitos en los que podría desplegarse:

- ¿Qué tipo de amor establece un sujeto autista?
- La transferencia en el análisis es una forma de amor, ¿qué modos adopta en el tratamiento con autistas?
- Entonces, ¿qué nos enseña el tratamiento del autismo sobre el concepto de amor en sí mismo?

### Hablemos de amor

Al iniciar la investigación nos dimos cuenta que una de nuestras primeras tareas a la que debíamos abocarnos era definir ¿qué es el amor?

Recurrimos a Freud para situar una primera definición: en *Psicología de las masas*, plantea que en un lenguaje usual, se llama amor a vínculos afectuosos muy diversos. Define al enamoramiento como la investidura de objeto por parte de las pulsiones sexuales, que al alcanzar la satisfacción sexual directa se extingue: se trata del “amor sensual”. Pero sitúa que el amor es aquella investidura que permite sostener la relación con el objeto en esos intervalos donde el apetito está ausente, es un lazo que permite una espera en la satisfacción cuando no hay una satisfacción inmediata.

Respecto del amor en Lacan, tenemos el amor narcisista, el amor forjado sobre el modelo de los amores edípicos, el amor ligado al tener, al dar lo que no se tiene, o la elucidación del amor de transferencia de *El banquete* de Platón.

Para ordenarlas, podemos distinguir el amor situado en tres dimensiones:

- El amor imaginario, ligado al narcisismo, a la imagen del semejante, con la característica imaginaria del amor-odio, ya sea que complete la imagen yoica o la fragmente.
- El amor simbólico ligado al saber: “a quien le supongo saber lo amo”. También, el amor simbólico-imaginario ligado al Ideal del yo / yo ideal, a aquello que desde el lugar del Otro, le da un reconocimiento al sujeto.
- Sin embargo el amor que nos importa para poder pensar el tratamiento de los autistas no va por esa vía. Es el amor que distinguiremos como amor real.

Hemos ubicado ahí el amor vacío de ideales, de identificaciones, de demandas, de sentido, de vivencias con efectos en un cuerpo. Nos preguntamos si un amor de tales características no es un amor desarraigado del Otro.

Por otra parte, ENAPOL invita a pensar la transformación del amor. Pensamos que Lacan apuesta a un amor menos tonto: se trata de un amor más real, aligerado de los sueños de eternidad, un amor ateo, fuera de la ley del Nombre del Padre. Éste supone un amor eterno que sostiene la creencia en el destino sostenida por la repetición. En contraposición, el nuevo amor es el que surge de otra temporalidad, por fuera de la repetición, fuera de los límites de la ley. Lacan en el final de su enseñanza se refiere a la fugacidad, al instante, lo que se resiste a lo eterno, *el amor es eterno mientras dure*.

Ese amor es pura contingencia, es el reverso de la providencia. A partir del *Seminario 21*, el amor surge de un encuentro contingente, es acontecimiento, sucede o no sucede.

Lacan dice en el *Seminario 20*: “La contingencia, la encarné *en el cesa de no escribirse*. Pues no hay allí más que encuentro, encuentro en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo cuanto a cada quien marca la huella de su exilio, **no como sujeto sino como hablante**, de su exilio de la relación sexual”<sup>1</sup>.

### **El amor en el autismo**

Respecto del amor en el autismo hay dos aspectos: por un lado el amor planteado en la transferencia, y por otro el modo en que los autistas, uno por uno, tratan, se desenvuelven, en el campo del amor.

En relación al primero, cabe destacar que J.-A. Miller distingue respecto de la cura de Nadia, el espacio que queda si la analista, Rosine, no se ocupa de las necesidades, es el del amor.

Hemos ubicado también el “gesto de amor” pensado como un dejar hacer, o suspender algo que se estaba haciendo hasta ese momento. En este sentido, Gerardo Arenas sostiene que “no es un gesto debido a la gestualidad, no lo define como tal su pantomima, sino el hecho de que en la ocasión de su surgimiento es un signo”<sup>2</sup>.

El amor es aquello que se introduce para establecer la conexión con el Otro. Toma entonces una función inédita, de anudamiento.

Agamben menciona una observación del escritor latino Varrón, quien inscribe el gesto en la esfera de la acción pero distinguiéndolo del actuar (*agere*) y del hacer (*facere*).”La característica del gesto es que por medio de él no se produce ni se actúa, sino que se

<sup>1</sup> Lacan, J., *El Seminario, libro 20*, Bs. As., Paidós, 1992, pág. 175.

<sup>2</sup> Arenas, G., “Gestos de amor”, revista Lapsos.

asume y se soporta”. “Un gesto es aquello que permanece inexpresado, ilegible en todo acto de expresión y es por el vacío que se instaura, que se hace posible una lectura”<sup>3</sup>.

Todas estas pinceladas describen el amor del lado del analista, tema que se ampliará en relación a la transferencia.

Pensemos ahora el amor del lado de estos seres llamados autistas.

Lacan articula el amor a la castración. Dice: “el goce está interdicto para quien habla”, hay una inaccesibilidad al goce por efecto del lenguaje, por el hecho de ser seres hablantes.

Ahora bien, ¿cómo pensar entonces el amor en el autismo si no hablamos de castración, ni de represión, sino de forclusión del agujero? ¿Cómo pensar la imposibilidad del goce como efecto del lenguaje si su posición frente a él es más bien la de defensa? ¿A quién se dirige ese amor, si el autista no cesa de anular toda emergencia del Otro? ¿Qué recorrido podemos pensar para la pulsión que hace un rodeo por el Otro para recuperar algo del goce perdido, si en el autismo no falta nada y hay un goce en exceso, en más?

Maleval destaca que el objeto autístico, el doble y el interés específico son las pasiones del sujeto autista. Estos elementos encarnan el borde autístico, y comandan su increíble interés, “son sus tesoros”. Poseen una excesiva investidura inicial que convendría atenuar pero de ningún modo suprimir. Constituyen un borde porque son intermediarios tranquilizadores y que le permiten no solo protegerse del Otro sino también regularse tal como testimonia Donna Williams: “de a poco logré llegar a existir en tanto un ser dotada de sentimientos y emociones en el mundo de mis sueños”.

¿El borde podría ser el síntoma del sujeto autista, funcionando como anudamiento? ¿El amor al síntoma despejaría el acceso al amor en el autismo?

El doble real en el que se apoya el sujeto autista permite constituir y ampliar su mundo y, en algunos casos, acceder a la experiencia del sentimiento amoroso como lo testimonia George que con su “hablar en gato”, pudo decir “cosas que nunca había podido expresar anteriormente”. Más allá de su carácter ficcional en clave Hollywood, recordemos a Sam Gardner, personaje de la serie *Atypical*, con su pasión por los pingüinos, que lo llevan a armar toda una serie de planes comenzando su adultez.

En una niña, devenida hoy una joven diagnosticada como Asperger, la aparición sin sentido de un chino en sus dibujos, provocaba una carcajada en complicidad con la analista....

### **La transferencia en el autismo:**

Freud distinguió tres dimensiones de la transferencia: motor, resistencia y repetición. A su vez, Lacan en su enseñanza despliega la transferencia en los tres registros.

- Con la transferencia imaginaria, sitúa la resistencia erótica positiva en la dimensión del amor narcisista, y negativa en la agresividad: es decir, el amor-odio imaginario.
- Con la simbólica, relee la transferencia como motor a partir del concepto de sujeto supuesto saber. También la sitúa como repetición, ligada al retorno significante o *automaton*.

---

<sup>3</sup> Agamben, G., *Notas sobre el gesto*, Madrid, Pre-textos, 2001.

- Con la transferencia real, distingue dos dimensiones: la repetición situada como *tyche*, y la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente: el analista ubicado como semblante de objeto *a*.

Pero todas estas dimensiones de la transferencia no son útiles para el autismo, donde no se produce la transferencia imaginaria en tanto no hay un yo constituido, tampoco la simbólica en tanto la cadena significante no se despliega, ni hay un circuito pulsional constituido en relación al objeto *a*. Por ello no se puede hablar de transferencia en sentido clásico.

En el autismo, la transferencia se articula más al goce que al saber, y por eso, es preciso centrarnos en la última enseñanza, a partir de las nociones de *parlêtre*, más que del sujeto del significante; el Un-cuerpo, más que el Otro; y *lalengua*, más que el lenguaje.

Entonces, ¿de qué tipo de transferencia hablamos en relación al autismo?

En la bibliografía hay pocos trabajos al respecto, por la misma dificultad que situamos en relación al amor.

Lacan en la *Proposición* vincula un término: *encuentro*<sup>4</sup>, que nos sirve para ubicar una transferencia que no conlleva el soporte del sujeto supuesto saber sino la de un partenaire<sup>5</sup> al que el autista consienta. Pero, ¿bajo qué condiciones podría producirse ese encuentro, que antes ubicamos del lado de la contingencia?

El concepto central para pensar la transferencia en el autismo es el vacío. El vacío no es el agujero, ni la forclusión del agujero. Tampoco es la pérdida ni la cesión de goce. Diferenciaremos los tres conceptos, para situar la transferencia en el autismo: agujero, vacío y pérdida.

Sobre la forclusión del agujero, podemos tomar la definición de Laurent: “los autistas tienen acceso a esa dimensión en la que nada falta porque nada puede faltar, no hay agujero en la medida en que nada puede ser extraído en este agujero que no existe (...) propondría hablar de forclusión de agujero”<sup>6</sup>. Entonces, ¿qué posibilidad tiene la transferencia en relación a la forclusión del agujero?

El agujero y la primera definición del vacío son conceptos de la topología. Lacan introduce la diferencia topológica entre vacío y agujero a partir del *Seminario 7*. El vacío es comparado con el desierto: una superficie sin cortes, infinita, sin relieves; no está delimitado, no tiene adentro ni afuera, está en todos lados. Por el contrario, el agujero tiene un borde que lo define como tal, construido alrededor del vacío. En el autismo, esa dimensión del agujero es forcluida, con sus consecuencias sobre el borde.

Pero en el *Seminario 24*, Lacan introduce otra conceptualización del término vacío, ligada al amor, que nos interesa para situar la transferencia en el autismo.

Este vacío no es propio de la topología, sino que pertenece a la filosofía oriental y a la poesía china: el concepto de vacío creador. Las diversas formas de meditación apuntan a lograr aquel vacío suspendiendo todo pensamiento, toda presencia del yo.

Lacan sitúa cómo la poesía china logra localizar ese vacío, por ejemplo con un haiku: “el sombrero baila en la montaña”, donde la frase está vaciada de referencias, de historia, de escena, apunta a un vacío, que Lacan llamó la *significación vacía*. Ésta

---

<sup>4</sup> Lacan, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967...”, en Otros escritos, Bs. As., Paidós, 2012, p. 265.

<sup>5</sup> Laurent, E., *El sentimiento delirante de la vida*, Bs As., Diva, 2011, p. 208.

<sup>6</sup> Laurent, E., *La batalla del autismo*, Bs. As, Grama, 2013, p. 81.

señala hacia el vacío apuntando a lo indecible, y a partir de ello produce un efecto de resonancia en el cuerpo.

Además, agrega que esa significación vacía sólo puede producirse a condición del amor, que llama un *amor vacío*. Un amor que se dirige a lo indecible y al vacío creador.

Lacan no usa esos dos conceptos para el autismo, pero son útiles para la transferencia: si el agujero está forcluido y nada puede faltar, la transferencia situada desde el amor vacío permite situar cómo el analista puede servirse de él como herramienta para producir efectos de vaciamiento y de resonancia.

Pero con una aclaración: el amor vacío en la transferencia no se localiza del lado del sujeto, sino del lado del analista, que es quien apunta al vacío en el sujeto autista, y esa operación produce efectos sobre la forclusión del agujero. De este modo, se produce una inversión de la transferencia en el autismo.

En el autismo, el amor se ubica no desde el lado del sujeto sino del analista, que se ubica como *erastés* en la transferencia de la psicosis y el autismo, se produce una inversión de la relación amorosa. Eso permite ubicar el amor vacío del lado del analista, que introduce la dimensión del amor, con todas las dificultades que hay en el autismo en relación a constituir un Otro, a establecer un lazo o un partenaire.

Entonces, a partir de la diferencia entre agujero y vacío -el agujero localizado del lado del *parlêtre*, y el vacío localizado del lado del analista-, es que se puede apuntar a tres efectos del amor vacío como herramienta de la transferencia:

- efectos de vaciamiento,
- efectos de resonancia,
- efectos de pérdida o cesión de goce.

Laurent sitúa los aspectos donde el sujeto autista se inventa un neo-borde que suple al agujero forcluido: el caparazón autista, el objeto autista, el interés específico y la iteración. Los efectos que puede producir la transferencia, de vaciamiento, de resonancia, de pérdida de goce, se producen en esos cuatro ámbitos del neo-borde: se amplía el caparazón, el sujeto puede desprenderse por momentos del objeto autista, el interés específico puede ampliarse a nuevos saberes, la iteración puede borrarse por momentos.

La inversión de la transferencia implica entonces que es el analista quien inyecta este amor, fuera de sentido; no espera nada, no demanda, solo aloja, hospeda, “presta un hueco” a quien consienta habitar ese lugar. Laurent lo llama, retomando una frase de Donna Williams, un “guía que lo sigue”; ¿esa fórmula, se podría ubicar como una paradoja que caracteriza la inversión de la transferencia en el autismo?

Así, la presencia del analista será de fundamental importancia en el tratamiento, ya sea que opere como un doble, o bien como una extensión, un objeto, o un facilitador.

Esto puede producirse tanto en el ámbito del análisis, como de la práctica entre varios: el dispositivo terapéutico en la institución plantea de entrada la posibilidad de las múltiples transferencias, en la medida que el paciente pueda contar con diferentes Otros a quienes acudir, en donde cada uno presenta un rasgo del cual podría producirse una articulación transferencial.

Entre estas condiciones del amor vacío podemos destacar:

No querer nada del autista, no querer cuidarlo, no querer su bien.

Ofrecernos como “*escuderos del autista para acompañarle en su trabajo de defensa ante lo real*”<sup>7</sup>. Sostener una presencia *distraidamente atenta, silente y de mirada entornada*.

Rebajar nuestra presencia en la enunciación, estar de una manera no invasiva, ser dóciles y flexibles, pudiendo alojar aquellos neo-bordes en los que se apoyan.

Dirigir una *demanda no-toda* porque, de lo contrario, deviene en amenaza.

Prestar el cuerpo para que el autista se haga el suyo.

Buscar un forzamiento suave de sus defensas para que se amplíen y complejicen. Actuar con prudencia, pero activamente.

Estos modos de presentación pretenden hacer lugar a un vacío en la transferencia, lo cual conlleva a hacer un lugar a los objetos, entre ellos, el analista. Es a partir de este lugar vacío que el sujeto autista podrá intentar poner su parte, o dar su consentimiento.

### **Clínica en transferencia:**

Nos interesa articular un caso, llamado B, para compartir una posible conjugación entre el vacío en la transferencia, el consentimiento y el valor de la sorpresa.

1º movimiento. La entrada y el consentimiento

La condición propuesta de B al comenzar en la Cigarra es no ser tocado ni rozado. Después de haber participado de un taller con otras personas, B envía mensajes por *whatsapp* al coordinador de forma insistente preguntando si acaso ha sido rozado durante el taller. Teniendo en cuenta la expresión angustiada del joven que demanda tres mensajes, se le envían dos. Nuevo chat pidiendo el tercero que finalmente se le envía y ante lo cual B agradece diciendo “me lo sacaste de encima”. Sitúa así un goce que surge ante el contacto y le resulta insimbolizable.

2º movimiento. La sorpresa

B cuenta que ha tenido una pesadilla: que el chico que toca a las chicas lo quería tocar a él. Otro compañero de la Cigarra interviene a las trompadas para alejar al chico y poner a B a buen resguardo: fue muy violento, aclara. El sueño desarma la defensa, él es tocado, pero antes de despertar la defensa se restituye con alguien que lo protege y que es “muy violento”.

3º movimiento. Inventar un refugio

El sueño y el relato tocan la posición de B. En el taller de la palabra donde de lo que se trata es de un juego de vueltas pautadas, B participa a condición de ser el último de cada vuelta. El objeto novedoso cuyo uso produce el cierre es un vacío colocado en su casillero. La particularidad que introduce B es que en el juego queda un vacío que le concierne.

La transferencia es ahora esa maniobra sobre el recuadro que debe escribir su palabra. El sujeto ha recobrado el lugar del agente que había quedado conmovido en el sueño pero ya no para evitar ser rozado – aunque esto insista – sino para dar rienda suelta a una iteración del objeto que produce vacío.

---

<sup>7</sup> Coccoz, V., “El analista escudero”, en *El Psicoanálisis 32*, Revista de la ELP, Barcelona, Repro Disseny, 2018.

Retomaremos las conclusiones de todo este recorrido en la Conversación.